

FOREVER YOUNG

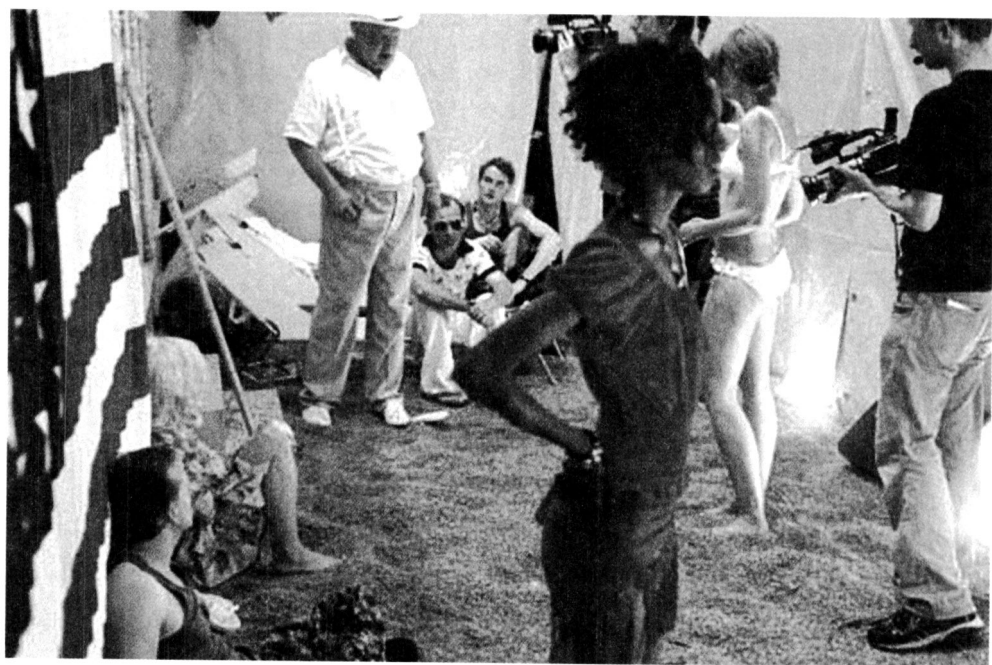
Juan Carlos Toro Lecaros

Forever Young, a partir de *Sweet Bird of Youth* de Tennessee Williams. Adaptación y dirección: Frank Castorf. Escenografía y vestuario: Bert Neumann. Música: Sir Henry. Dirección de vídeo: Jan Speckenbach. Cámara: Andreas Deinert. Iluminación: Lothar Baumgarte. Colaboración en la dramaturgia: Carl Hegemann i David Lindemann. Intérpretes: Kathrin Angerer, Martha Fessehazion, Fabian Hinrichs, Milan Peschel, Volker Spengler, Laura Tonke, Sir Henry i Martin Wuttke. Una coproducción de Volksbühne am Rosa-Luxemburg-Platz i Wiener Festwochen. Espectáculo de la programación del Fòrum Ciutat. Del 28 de junio al 1 de julio de 2004, Teatre Nacional de Catalunya.

La Volksbühne fue ideada para ser el teatro del pueblo alemán, así lo indica su nombre y su espíritu de proximidad al gran público. No cabe duda que el pueblo alemán es una sociedad culta, acostumbrada a espectáculos de gran profundidad y experimentación, donde el teatro se renueva constantemente. En este contexto, Castorf se perfila como uno de los directores más importantes de su país y, más allá del *fashion system* teatral, logra transgredir y entregar un contenido trascendente, una combinación escasa en la escena artística de la globalización.

Forever Young es una mirada contemporánea de *Dulce pájaro de juventud*, de Tennessee Williams, un clásico norteamericano, tanto del teatro como del cine, capaz de soportar un *remake* en el inicio del siglo xxi. El director de la pieza es ciudadano de su época, crea un lenguaje de puesta en escena basado en la trans migración de elementos cinematográficos hacia el teatro, emulando el universo del cine «XXX», donde en parajes solitarios y «paradisíacos» los actores se desnudan frente a la mirada *voyeurista* de los camarógrafos y el equipo de realización. La metáfora del desnudo, de la promiscuidad, revela una mirada a la verdad más íntima de cada personaje; como *voyeurs* invitados, tenemos acceso a las zonas más oscuras de la personalidad humana. Utilizando elementos metateatrales, los actores hacen constantes referencias a su oficio, a su condición ontológica: son seres destinados a representar; de esta manera consiguen un efecto de enajenación (*Verfremdungseffekt*), que rescata el legado de Bertolt Brecht y lo yuxtapone a múltiples niveles de lenguaje: visual, musical, cinematográfico, televisivo, teatral, poético... Es una obra que trasciende las divisiones entre las diversas disciplinas artísticas, una obra de arte total (*Gesamtkunstwerk*) en el sentido del comunismo estético de Richard Wagner; siguiendo los consejos de Antonin Artaud, aquí la puesta en escena habla con una voz propia.

En el plano visual, la instalación escénica materializa un lugar decadente, en el calor de Hollywood, donde la estética tropical y abiertamente superficial contrasta con la profundidad de los temas que los personajes tratan. Vemos una casa hecha de bambú, madera y plástico, con palmeras y piscina, estilo Malibú Classic o California Dreams. En el *back stage* una zona para el bronce-



*Forever Young, a partir de Sweet Bird of Youth, de Tennessee Williams.
Adaptació i direcció: Frank Castorf. Es va poder veure al Teatre Nacional de Catalunya
dins la programació Fòrum Ciutat, del 28 de juny a l'1 de juliol de 2004.*

ado, con sillas de playa y bandera norteamericana incluidas, que sólo puede verse gracias a las cámaras y la pantalla de vídeo incorporada a la escena. Todo con un elaborado mal gusto, que finalmente logra ser estético por la territorialización de un espacio real (una instalación) en el entorno teatral. Tanto en el principio como en el final, toda la escenografía está albergada en un gran contenedor de plástico, que evoca las salas de terapia de los hospitales psiquiátricos, una metáfora de la verdadera condición de los personajes y, por defecto, de nuestra sociedad.

La ironía es un arma de fuego en esta obra, los lugares comunes del cine y la TV norteamericana, del cine porno y del *Hentai* (animación «XXX» japonesa), provocan momentos de humor que ayudan a que el ritmo de las *mise en scène* dé un respiro al espectador. Éste es realmente el único problema real de la obra: el ritmo. A pesar de una mirada tan innovadora, con unos recursos técnicos de primera categoría, el tercer cuarto del espectáculo se dilata y se extiende en una zona nebulosa, que castiga en vano la paciencia del público. La frase final de la obra «The life is very long» no alcanza a ser el soporte conceptual de una dilatada puesta en escena, que finalmente se vuelve aburrida por un problema de dirección, más que por un recurso significativo acerca de la percepción del tiempo. El tedio no está muy bien justificado, por lo tanto se percibe como un error en la continuidad y en la visión global de la obra.

Las interpretaciones dejan en alto la escuela alemana, un naturalismo cercano a la *performance*, a la no interpretación, con la admirable capacidad de cambiar fácilmente de registro, para emular los códigos del actor «teatral», del actor «porno», del actor de «serie b», del actor de «teleserie», del «actor-singer», con un sarcasmo que entusiasma y que reafirma los elementos metateatrales de la obra. Las canciones y la música juegan un rol de interés en el plano interpretativo, siendo un medio efectivo para comunicar los contenidos propuestos. Los roles protagónicos dan una solidez auténtica al espectáculo, se convierten naturalmente en el eje central de la acción y en los favoritos de la platea. El elenco es homogéneo, con actores sensibles y con gran capacidad de comunicación, ya que logran superar la dificultad de la traducción por subtítulos, que desfasa la recepción del texto y dificulta la comprensión del argumento. Si el espectador tiene la posibilidad de comprender el texto en el alemán original, realmente podrá acceder en plenitud a la dimensión de las interpretaciones de este elenco, que son sin duda un aporte al oficio del actor y a la evolución de las artes escénicas, algo que cuesta ver en la actualidad teatral. Los intérpretes consiguen que todo el dispositivo escénico cobre vida propia, especialmente cuando actúan en zonas del escenario imposibles de ver por el público, que son rescatadas por las cámaras y proyectadas en una pantalla incorporada a la instalación escénica. Estas escenas tienen el mérito actoral de ser naturales, a pesar de la mirada amplificadora de las cámaras, que revelan detalles mínimos de la interpretación, con el riesgo adicional de la transmisión y la edición de vídeo en vivo. En este sentido el trabajo del equipo audiovisual es notable, tanto en la variedad y calidad de las tomas, en la fotografía y en el audio realmente perfecto. Finalmente el vídeo es un actor más y juega su rol en plenitud.

Sin duda alguna es una gran obra de arte, con una potencia intelectual que desafía al espectador. Una crítica solvente al modelo democrático norteamericano, a la mediatización de la política y a la exaltación vacía de la juventud, en oposición a un miedo profundo a la vejez. La estética decadente contrasta con la poesía del texto, donde el acento de los actores crea una música sublime, que evidencia el fondo patético y doloroso de una sociedad condenada a la autodestrucción. En un mundo donde la guerra es un motor económico, donde los líderes se perfilan como meros objetos publicitarios al servicio de un poder político disuelto en innumerables inversores, un mundo en crisis constante de valores y de sensibilidades; en un *status quo* tan poco digno, el trabajo de Castorf y la Volksbühne tienen el mérito de la urgencia, de lo imprescindible, es un mensaje al pueblo, una voz que revela la esencia del teatro, una mirada profunda, sin inhibiciones, un espejo donde mirar nuestra propia superficialidad.